

El patriotismo, la piedad y la tormenta perfecta

Michael D. Peabody¹

Traducción: Ruth Abril

Los publicistas inteligentes entienden el valor de aprovechar la popularidad de las figuras famosas del mundo del deporte y del entretenimiento a fin de construir una credibilidad instantánea y un reconocimiento de marca. El fabricante de equipos deportivos Nike podría desaparecer del radar sin el respaldo adquirido de atletas legendarios como Michael Jordan, cuyos calzados le hacían volar. Los aspirantes a miembros del Congreso exigen el respaldo de expresidentes y de alcaldes de grandes ciudades, los gobernadores buscan a las celebridades que puedan traer aire fresco a propuestas obsoletas.

Sin embargo, a pesar de la credibilidad y la buena educación que puedan aparentar tener las celebridades, siempre hay un margen de riesgo que cometan un error que pueda hundir una carrera política. A pesar de lo que los publicistas quisieran que creyeses, las celebridades son seres humanos, después de todo, y viven bajo la lupa de una sociedad curiosa que disfruta del último escándalo.

Así, planteadas estas altas apuestas, ¿qué debe hacer un político? Puede probar suerte con una personalidad famosa o, en forma alternativa, puede dar un salto de fe bien calculado y de bajo riesgo y reclamar el respaldo de Dios, quien, según la mayoría, tiene antecedentes intachables.

Por supuesto que esto cambia las reglas de juego radicalmente. Si Dios respalda al candidato "A", por ende, no respalda al candidato "B". La persona respaldada es elevada por alas de ángeles, mientras que el oponente, en forma inmediata, es demonizado cada vez que se les recuerda a los votantes conscientes las consecuencias eternas por

¹ Publicado originalmente en el número noviembre/diciembre 2007 de la revista Liberty.

tomar una mala decisión a sabiendas. De este modo, el candidato “A” puede marchar a la victoria, deteniéndose solo para reacomodarse el halo, mientras que el candidato “B” gasta sus recursos al tratar de retirarse del infierno electoral.

El cristianismo es la religión más popular de los Estados Unidos de América, a la que uno se puede unir a través de un asentimiento intelectual, por lo que la táctica de evocar esta fe puede utilizarse en forma efectiva por aquellos que, de otra manera, no han visitado una iglesia por veinte años. Aún las conversiones rápidas, así como también las muestras de piedad reforzadas, aparecen mágicamente el fin de semana previo a una elección cuando las cámaras de los medios de comunicación capturan imágenes de los candidatos saludando al ministro en la puerta de los lugares de culto, vestidos con sus mejores ropas, junto a familiares intachables y grandes Biblias.

En el juego de la política moderna, reclamar el respaldo de Dios y sustentar esto con una manifestación por la justicia es el equivalente retórico de, simplemente, sacar un arma y dispararle al oponente. Por lo general, esta es una premisa donde quien primero se atribuye a Dios es el rey de la colina, es por orden de llegada. Esta verdad no pasa desapercibida para los actuales competidores por la presidencia de los dos partidos políticos más importantes, quienes están luchando para asirse primeros de las bendiciones de Dios a medida que se van acercando las elecciones.

Aparte de una potencial represalia futura por el mal uso del nombre de Dios, existen algunos inconvenientes terrenales al afirmar que se tiene “la aprobación de Dios”. No cuesta más que unas pocas palabras elegidas cuidadosamente a fin de establecer referencias en ser los favoritos de Dios, y ello presenta un argumento casi irrefutable.

En un sentido amplio, esta fe mayoritariamente ceremonial y de bandera ilustra una religión cívica que se viste de trajes externos de piedad a fin de esconder políticas que pueden ir contra los valores cristianos actuales. En algunos círculos, habitados primariamente por el marginado que cuestiona la incompatibilidad entre la piedad externa y la

apostasía interna, a esto se lo conoce como hipocresía. En otros, la disonancia cognitiva resultante tiene resultados negativos drásticos.

Un tiempo atrás, un amigo que simpatiza en gran manera con la derecha me preguntó si pensaba que Dios apoyaría a los Estados Unidos de América en la guerra contra el terror. Conociendo la naturaleza de dicha pregunta, sentí que estaba caminando sobre un campo minado, por lo que decidí anticipármele con algunas preguntas propias. ¿Puede un cristiano sentirse patriota frente a sus raíces norcoreanas o iraquíes? ¿Será que Dios dibuja líneas en la arena basándose en la geopolítica o en los intereses estadounidenses? Como conclusión, ¿será que Dios manejaría un Chevy o un Hyundai?

Esto para nada afirma que el amor a la patria es erróneo. Amo a mi país y a su gente. Durante los juegos olímpicos, yo deseo que el equipo de mi país gane todas las medallas de oro y mi corazón se llena de orgullo cuando escucho nuestro himno nacional. Cuando voto, tomo la mejor decisión posible, pero eso no implica que el Dios onnisapiente coincidirá con mi voto, que con certeza no es infalible. Invocar el nombre de Dios a fin de respaldar mis metas preestablecidas no es suficiente para asegurar su bendición.

Hablando en medio de una economía devastada, vinculada por muchos con una falta de orgullo nacional y solución moral, Adolfo Hitler tocó una fibra sensible al invocar el nombre de Dios y luego llamar a que la audiencia reflexione sobre su responsabilidad espiritual.

Estoy convencido que los hombres, quienes fueron creados por Dios, deberían vivir en concordancia con la voluntad del Todopoderoso. [...] Es así como nosotros [...] también tenemos nuestra fe en la profundidad de nuestros corazones. No podemos hacer lo contrario, ningún hombre puede diseñar la historia mundial o la historia de la gente salvo que sobre su propósito y sus poderes descansa la bendición de esta Providencia.

Al mirar retrospectivamente a aquel día de junio de 1937, era ciertamente el momento apropiado para invocar a Dios. En ese momento, algunos alemanes supusieron que el hombre carismático que estaba frente a ellos pronunciando frases que eran alabanzas a sus sentidos

religiosos y de orgullo nacional podría desatar y justificar sus impulsos más malvados. Hitler se había envuelto en su bandera y había hablado a su cristianismo y, aunque él no había participado de dicha fe, para él era una herramienta que utilizaba para persuadirlos y lanzarlos a un rumbo infernal.

A través de la historia, el invocar el nombre de Dios a fin de respaldar políticas malvadas ha tenido éxito en manos de dictadores que aprendieron a adoptar apariencias externas de fe. Después de todo, ¿qué mal podría hacer un gran cristiano?

A medida que hablan palabras inspiradoras de fe, los dictadores fomentan un entorno que los asocia a ellos con la fe de la nación y pronto son vistos como líderes religiosos. A través de frases religiosas contundentes, atraen a aquellos cuya fe es ciega a las realidades teológicas y que cuentan con una lealtad incuestionable. Aunque una resistencia inteligente pueda levantarse como oposición, ellos pueden contar con nacionalistas idealistas, así como también con religiosos pietistas, para sucumbir a la oposición hasta sus raíces y apelar a las pasiones desenfrenadas del antiintelectualismo y el populismo, y afirmar ingeniosamente que gobiernan con “instintos”.

El nacionalismo que rechaza los cuestionamientos y una religión superficial pueden fusionarse e, inevitablemente, conducir a una nación al desastre. Después de que todo termine, quienes logren sobrevivir tardarán años en descifrar la razón por la que personas pacíficas pueden sentirse justificadas al realizar atrocidades. Incluso entonces, solo unos pocos comprenderán la verdad de que la bestia moribunda surgió de la fusión ciega y rápida entre la religión y el nacionalismo.

Es fácil pensar que la amenaza verdadera a la libertad proviene de la contraparte del nacionalismo religioso del socialismo ateo. Pero la máquina del ateísmo requiere mayor esfuerzo para mantenerla y eventualmente se quedará sin energía. Esto se debe, por pequeña que sea, a que la religión es el componente central de los patrones de pensamiento de la mayoría de la gente. El ser humano tiene un deseo innato por

adquirir algún tipo de fe y los métodos rigurosos validan la misma fe que están destinados a aplastar.

Durante mucho tiempo, he creído que una de las principales razones por las que muchas naciones comunistas fracasaron fue porque desde el principio atacaron la fe de los religiosos. Si hubieran aceptado las señales externas de fe y las hubieran transformado en forma gradual e imperceptible en sus fines, podrían haber obtenido un gran apoyo por parte de aquellos creyentes marginales que habrían comenzado a ver el trabajo del politburó como consistente con el de Dios. Solo aquellos intelectualmente vigorosos permanecerían presentando oposición y podrían ser fácilmente eliminados con la aprobación de la mayoría, que los consideraría criminales.

En cambio, a través de la persecución, los dictadores comunistas crearon un vacío que, finalmente, se convirtió en una falla letal. A pesar de sus intentos históricos de imponer un patriotismo ateo al pueblo, la Unión Soviética no pudo sostenerse por sí misma y sus residentes clamaron por una salida al caer la cortina de hierro. Si la URSS hubiera envuelto en forma paulatina los mismos objetivos autoritarios en la religión modificada de la Madre Rusia, podría haber durado. Pero, en ausencia de una fe, el Estado secular estaba sentenciado a caer.

En cambio, para aquellas naciones que adoptaron los símbolos de la religión, eligiendo cuidadosamente solamente aquellos elementos que respaldaran sus objetivos, los criminales oportunistas se transformaron en santos y aquellos que los cuestionaban fueron considerados por la mayoría como antipatrióticos e impíos. Los pilotos suicidas convierten sus aviones en misiles guiados por el legado de un emperador divino y terroristas son convencidos de que exploten en el nombre de Alá.

La alianza impía entre el nacionalismo y la religión es tan poderosa que aquellos cuyas dos pasiones se fusionaron pueden sobrevivir a la privación económica, a las derrotas militares y a las dificultades incalculables hasta que sus manos llenas de sangre rasguñan el umbral de la muerte.

Para los dictadores autoritarios, por supuesto, la ventaja de todo este discurso sobre religión es el hecho de que una fe reflexiva puede conducir a la introspección y a un anhelo de claridad moral, en lugar de agitar la bandera simplista y fomentar un instinto populista equivocado. Si la religión ha de sobrevivir en un Estado autoritario, debe permanecer superficial y simbólica, evitando lo intelectual y elevando lo emocional. Un aspirante a dictador encuentra su mayor fortaleza al asociar la fe incuestionable con una obediencia carente de orientación a una prerrogativa patriótica legendaria.

Es posible que los estadounidenses no se enfrenten a amenazas inmediatas de pilotos suicidas o incluso de suicidas con bombas, sino que combinen las tendencias actuales en aumento de los desastres naturales, los estallidos de las burbujas económicas y los temores de terrorismo con el supuesto respaldo divino de la religión nacionalista que es extenso en las emociones, pero intelectualmente débil, y una tormenta perfecta espera en alta mar. Esta combinación mortal de un nacionalismo urgente y un respaldo divino ha iluminado el curso destructivo de las naciones a lo largo de la historia y existe una arrogancia adormecida al sugerir que responderíamos de otra manera.